

La odisea francesa



Creíamos que todo habría acabado al llegar a la frontera alemana.

Cabo de las SS

Cambrai, 2 de septiembre de 1944...

Los artilleros de las SS preparaban febrilmente sus posiciones, cavando e improvisando el camuflaje para enmascararlas a la luz creciente del amanecer, a lo largo de las carreteras de los accesos occidentales de Cambrai. A la 9ª SS «Hohenstaufen» solo le quedaban 18 cañones antiaéreos de 88 mm. Éstos se hallaban entremezclados con los restantes cañones anticarro de 37 mm montados en semiorugas y emplazados en profundidad a lo largo de las principales rutas desde Arras y Bapaume. Unas cuantas avanzadas estaban situadas en Douai, a la derecha, para observar los movimientos del enemigo. La infantería panzergrenadier protegía los flancos. Todos los puentes que cruzaban la red de canales en derredor estaban bloqueados por obstáculos y custodiados. A las 09:00, informaron desde las posiciones que estaban listos para el combate. La tarea era hacer de retaguardia, ganar suficiente tiempo para permitir romper el contacto al resto de la División, mezclada con otras columnas que huían.

La tensión atenazaba a los sirvientes. Ya no quedaban carros propios. Por ello, muchos sospechaban que éste podría ser su último combate contra los carros enemigos. Solo los antiaéreos, como tantas veces había sucedido antes, tenían el calibre suficiente para rechazar un ataque acorazado. A los sirvientes de las piezas les repitieron las instrucciones sobre las prioridades al abrir fuego. No demasiado pronto, se buscaba sorprender o emboscar al enemigo. Los nervios estaban al límite. Se habían librado combates como éste docenas de veces durante los meses precedentes y, por ello, se puso gran esmero en escoger rutas de retirada seguras, tan solo tenían que conseguir un respiro. Pocos se hacían ilusiones; retirarse en contacto con el enemigo es la más difícil operación de la guerra. Al mediodía las avanzadas se retiraban, informando del avance enemigo. El *Obersturmbannführer* Walther Harzer, de 32 años y comandante divisionario¹ en funciones del Kampfgruppe Hohenstaufen seguía el avance enemigo desde su puesto de mando avanzado, un conjunto de vehículos camuflados dispersos en el Bois-de-Bourlon.

¹ Stadler, el comandante de la división, había sido herido en un momento anterior de la retirada.



*El Obersturmbannführer
Walther Harzer, comandante
del Kampfgruppe de la 9ª SS
«Hohenstaufen»*

Este pequeño bosque al oeste de Cambrai, entre Arras y Bapaume, estaba en el centro de la posición defensiva principal. Por estas carreteras llegaron 200 carros enemigos acompañados de infantería. Era el XIX Cuerpo, punta de lanza del 1er Ejército americano del General Hodges.

El característico ladrido seco y agudo de los cañones de 88 mm anunció el comienzo del combate a 3.000 metros. Las trazadoras en el culote de los proyectiles describían una ligera curva en su trayectoria tensa hacia los blancos que terminaba abruptamente con un destello y, a continuación de una corta pausa, un audible ruido como un martillazo cuando perforaban a los carros de vanguardia. Nubes de humo negro como la tinta, impulsadas por chorros de llamas, bor-

boteaban hacia el cielo, y comenzaron a oscurecer el campo de batalla. Cada estallido sucesivo levantaba más polvo y dispersaba el follaje de camuflaje, en tanto que los sirvientes trataban de protegerse del estampido del disparo abriendo la boca y tapándose los oídos con las manos. Allí enfrente, los carros y la infantería detenían su avance y se desplegaban en formaciones de asalto. Abrir fuego a largo alcance era un método poco costoso para ganar tiempo. La infantería americana, obligada a ponerse a cubierto cuando brotaron en torno a ella los hongos de las explosiones de la artillería y los morteros, se vio separada de los carros. Esto hizo que necesitaran más tiempo para coordinar una respuesta, otra ganancia más para la defensa. Avanzado el mediodía del 2 de septiembre la batalla estaba en su apogeo.

El ruido y el humo aturdían los sentidos, lo que dificultaba seguir el curso de la batalla. A las 15:00, según los informes, había 40 carros enemigos en llamas, pero algunos cañones ya habían sido puestos fuera de combate o sus sirvientes incapacitados por el fuego de contrabatería. Las probabilidades empezaban a volverse en contra a medida que en múltiples enfrentamientos grupos de carros aislaban cañones sueltos y los aplastaban por el número. Reduciendo gradualmente las defensas alemanas una por una, lograron una ruptura por Neuville en las afueras de Cambrai. Tras haber perforado el cinturón de cañones antiaéreos, los carros lanzapuentes enemigos intentaron forzar el cruce del canal Escalda. Sin embargo, los panzergrenadiere SS consiguieron frustrar el intento, destruyendo unos cuantos disparándoles a corta distancia con *Panzerschreck* (lanzacohetes anticarro).

Otra penetración al sur del cinturón convenció a Harzer de que ya no podría lograr nada más. Las unidades a las que se les ordenó retirarse rompieron el contacto como pudieron, perseguidas de cerca por el enemigo. Los cañones anticarro de 37 mm montados en los semiorugas, a los que sus dotaciones se referían con sorna como «llamadores de puertas», por su escasa capacidad de penetración, intentaron cubrir la retirada. Combatiendo en una lucha desigual contra los carros perseguidores, fueron destruidos uno tras otro, mientras que sus camaradas atravesaban en tromba Cambrai, ruta mantenida abierta por la 4ª Batería Flak que la custodiaba contra emboscadas de los maquis. Harzer, completamente ocupado dirigiendo la batalla, se vio repentinamente sobrepasado por secciones

de carros americanos que explotaban la ruptura. Se había conseguido un retraso de veinticuatro horas, pero la plana mayor divisional de la 9ª SS Hohenstaufen quedó aislada en el Bois-de-Bourlon.

Comienza la odisea...

Alemania había sufrido una derrota catastrófica. Los ejércitos aliados habían roto el frente de la cabeza de playa de la invasión y diezmado dos ejércitos alemanes en la batalla de Normandía. Entre el 6 de Junio y el 31 de agosto de 1944 el *Westheer* sufrió las siguientes pérdidas: 23.019 muertos, 198.616 soldados desaparecidos o hechos prisioneros y 67.240 heridos. El 29 de agosto el Cuartel General Supremo del Oeste tenía en campaña 50 divisiones de infantería y 12 panzer, esto quedó reducido a los esqueletos de 24 divisiones de infantería y 11 divisiones panzer. El Mariscal de Campo Walther Model, recién designado comandante del derrotado Grupo de Ejércitos B opinaba que, de 11 divisiones nominales, podría formar cuatro divisiones completas de infantería. Las divisiones panzer habían quedado reducidas a grupos de combate acorazados tamaño regimiento, que desplegaban de media solo 5 o 10 carros de combate.²

Estas unidades destrozadas, con el enemigo pisándoles los talones, emprendieron la marcha en sus diversas odiseas, afanándose por alcanzar a la patria. Entre ellos estaba el *Oberleutnant* de artillería Joseph Enthammer, de 19 años. Formaba parte del personal técnico de la mayor instalación de cohetes V2 en Europa, emplazada en Mery-sur-Oise. Su convoy de vehículos partió el 24 de agosto, cuando la base fue volada para impedir su captura por los americanos. A pesar del caos en las carreteras, su unidad permaneció junta y siguió viajando como un todo. La prioridad otorgada a las «armas maravillosas» estratégicas facilitó su avance hacia el norte en Holanda pasando por Bélgica.

Su destino era Alemania donde se esperaba que podrían continuar operando con menos interrupciones. Los vehículos eran ametrallados constantemente por los *Jabos* (cazabombarderos) por el camino, y las pérdidas eran reemplazadas mediante la requisita de vehículos civiles. El grupo de Enthammer llegó a verse forzado a confiscar un camión de recogida de basuras. Su conductor se puso frenético y para asegurarse de que se lo devolvieran, incluso se ofreció para conducir él mismo hasta Alemania pero le echaron de la cabina. Cerca de Lille el camión fue embestido por un automóvil de la Luftwaffe también ansioso por escapar, y se salió de la carretera, volcando. Siete de los doce ocupantes resultaron muertos, y el mismo Enthammer fue abandonado tendido inconsciente en la cuneta. Se le proporcionaron primeros auxilios pero tuvieron que dejarle atrás en las manos de un granjero amistoso. Se le dejó un mensaje para cuando se despertara: «Punto de reunión de la unidad: Nimega».

Dándose cuenta a pesar de sus heridas de que su propia vida y la del granjero corrían peligro si eran descubiertos por los partisanos, el teniente decidió seguir adelante y recuperar el contacto con su unidad. Contra el parecer del granjero,

² Cifras: Tieke pp 282-283, Keegan p 313.

reemprendió la marcha. Tras robar un caballo, avanzó un buen trecho, cabalgando solo de noche. Cuando surgió la oportunidad de reemplazarlo con un ciclomotor, ató al caballo en el mismo sitio como gesto de compensación a medias. A partir de entonces continuó a buen ritmo todo el camino hasta Nimega, pidiendo prestada gasolina a los panzer que pasaban por la carretera.

Al llegar al ajetreado punto de reunión, fue redirigido a un pequeño pueblecito de «gente bien» en las afueras de Arnhem llamado Oosterbeek. Poco después, su unidad de cohetes V2 fue trasladada a una escuela en los suburbios al noroeste del mismo Arnhem. Holanda era una nueva experiencia:

«Francia había sido como un desierto para nosotros los alemanes, mientras que aquí los habitantes parecían muy amistosos. ¿Por qué era así? Desde luego que no era el caso de Francia, donde siempre había sido difícil obtener comida y bebida. En Holanda podías comprar queso, tomates... ¡de todo!³»

Hanna Roesch, una *Nachrichtenhelferin*⁴ de la *Wehrmacht* del personal del Cuartel General Supremo del Oeste, también era una fugitiva. Después del alzamiento de la Resistencia francesa, ella y sus compañeras huyeron del hotel George V en París y se unieron a un gran convoy que se dirigía a Holanda.

«Durante el día éramos atacados por cazas en vuelo rasante, y por la noche por los partisanos. Era una enorme columna de vehículos, que avanzaba y se detenía penosamente. Durante los ataques aéreos salíamos a toda prisa de los camiones y nos tirábamos al suelo en los campos de al lado. Aquí y allá a lo largo de la columna muchas veces fueron alcanzados y explotaban vehículos de la *Wehrmacht*. Pero tuve suerte. Tras una breve pausa en Waterloo, seguimos hasta Deventer en Holanda. De allí, las chicas fuimos llevadas a Alemania, el 10 de Septiembre, poco antes de los lanzamientos aéreos británicos⁵».

El exhausto Kampfgruppe Hohenstaufen, empleado como retaguardia en Cambrai, estuvo en combate sin descanso o refuerzos desde el 29 de junio, más de dos meses. Su oficial de operaciones, el *Hauptsturmführer* Wilfried Schwarz recordaba melancólico sus impresiones cuando vio a la división subir a los trenes en Rusia poco antes de que fuera desplegada en el Oeste:

«Cuando subimos al tren que se dirigía a Normandía, éramos una orgullosa división de combate, una fuerza a tener en cuenta, completa con todos nuestros vehículos, panzer y artillería. Teníamos 18.000 hombres⁶».

Una división panzer de las SS incluía entonces 170 carros de combate, 21 cazacarros, 287 semiorugas acorazados de transporte de tropas, 16 autoametralla-

3 Joseph Enthammer, entrevista 15 Jun 87.

4 Auxiliar de transmisiones, telefonista (n. del t.).

5 H. Dollinger p 274.

6 Wilfried Schwarz, entrevista 16 Sep 87.

doras, 18 piezas de artillería autopropulsada y otros 3.670 vehículos de diversos tipos. Reducida por la acción enemiga a un grupo de combate antes de Cambrai, el Kampfgruppe Hohenstaufen contaba con menos de 3.500 hombres, con un puñado de vehículos acorazados de toda clase.

La Hohenstaufen estuvo retirándose hacia el este durante dos semanas. A duras penas consiguió escapar al cerco en Falaise y fue hostigada tanto por los cazabombarderos como por la Resistencia francesa durante todo el camino. Los vehículos que funcionaban a menudo remolcaban otros dos inutilizados. Las columnas se veían constantemente obligadas a moverse a paso de tortuga, sorteando la chatarra a los lados de la carretera. El batallón de zapadores acorazados rodaba a retaguardia de la división en retirada. Su comandante, el *Hauptsturmführer* Hans Möller, de 41 años, recordaba la situación tras haber cruzado el río Sena en Duclair. Perdió dos vehículos más, destruidos por los *Jabos* en el punto de reunión en el bosque cerca de Barentin, al otro lado. Estas pérdidas constantes e impredecibles demostraban cómo:

«... la situación podía cambiar a cada hora que pasaba. Cada segundo era vital y requería rápidas decisiones. El batallón de zapadores era el último en la columna divisional, y tenía que valerse por sí mismo; perdimos el contacto por radio. ¿Nos habrían dado ya por perdidos? En aquel momento el tiempo era favorable. Había llovido y las nubes bajas estorbaban las salidas aéreas del enemigo. Nuestro movimiento al norte a Neufchatel pasando por Tôtes fue más rápido de lo esperado. Seguimos hasta Poix. Entonces se incrementó visiblemente la actividad aérea enemiga. Como no quería perder más vehículos y, desde luego tampoco quería arriesgar la vida de mis hombres, nos trasladamos a unos alojamientos al este de Poix, y aguardamos bien a cubierto la llegada del anochecer...»

Marchaban a buen ritmo y, a pesar de las privaciones que normalmente acompañan a una retirada, estaban bien provistos. No obstante, se sentían intranquilos. El problema principal era:

«... lo desconocido. Dependías de habladurías y rumores. Los radios funcionaban solo rara vez. Existía siempre una sensación de incertidumbre. Aunque no lo admitíamos abiertamente, todos estábamos preocupados con el pensamiento de que la suerte o la fortuna de la guerra podía cambiar en cualquier momento. Me guardé mis pensamientos para mí pero sabía que todos estos bultos durmientes, agotados y envueltos en mantas y ponchos pensaban lo mismo. Todos estábamos absolutamente agotados».

A pesar de todo la suerte siguió de su parte, al menos hasta que llegaron a Arnhem. Los movimientos nocturnos se vieron retrasados por los sobrevuelos de aviones enemigos que soltaban bengalas, pero el mayor estorbo fue la necesidad de abrirse camino a través de los laberintos de vehículos destrozados. Para el 6 de septiembre alcanzaron los alojamientos reservados para ellos al nordeste de Arnhem.

El viaje de Möller contrasta considerablemente con la situación que afrontaba el grupo de mando divisionario, cuyos 15 vehículos se quedaron aislados en el

Bois-de-Bourlon, ocultos por los árboles mientras los carros americanos pasaban estruendosamente a 300 metros de distancia. Treinta kilómetros más adelante, los restos de la retaguardia de la Hohenstaufen esperaban, observando constantemente la carretera de Cambrai esperando alguna señal del grupo desaparecido. Al día siguiente, tras permanecer detenidos tanto tiempo como se atrevieron, prosiguieron la marcha pasando por Mons hacia el sur de Holanda.

El grupo de Harzer aguardó hasta la caída de la noche y luego condujeron sus vehículos por las calles de Cambrai, guiados por civiles amistosos. Aprovechando la noche, la columna de las SS procedió a desplazarse a lo largo de la línea de demarcación entre los ejércitos 1º americano, al sur, y el 2º británico, que avanzaba al norte. Cuando se hizo necesario cruzar la línea de marcha americana, la *Feldgendarmarie* de las SS que viajaba con la columna hizo señales con linternas y con gran sangre fría hizo detenerse a un convoy enemigo para que los vehículos de las SS pudieran cruzar la carretera. Los americanos no prestaron atención a los vehículos alemanes mientras esperaban a que pasasen. El polvo, la oscuridad y el agotamiento encubrieron la escena con un manto protector de anonimato. Al amanecer del 3 de septiembre, Harzer decidió detenerse y volver a esperar a la oscuridad.

Durante el día, los vehículos eran engalanados con botín recogido en el campo de batalla, banderas, y otras insignias para disfrazarlos y que pareciesen vehículos aliados cargados de trofeos cuando atravesaran un pueblo ocupado por el enemigo. Al pasar por uno de ellos, en un bar iluminado las celebraciones de la victoria estaban muy animadas cuando los semiorugas y vehículos rodaron por las estrechas calles. Los *jeeps* sin custodiar aparcados fuera de la taberna fueron saqueados por los soldados de las SS que se subieron a ellos para coger artículos de equipo, armas o suministros dejados descuidadamente en ellos. No tenían ni idea de cuánto llevaría su viaje, o llegarían siquiera a sus propias líneas; por consiguiente cualquier cosa que cogieran por el camino vendría bien.

El 5 de septiembre el grupo de Harzer cruzó la principal ruta de aproximación a Bruselas de los aliados y se coló tras los carros enemigos de vanguardia. Manteniendo una distancia prudencial, la columna de las SS se puso a la cola del avance. Los rezagados alemanes recogidos por el camino apenas podían creer lo que veían sus ojos, cuando después de ser sobrepasados por la vanguardia británica, esta descarada «retaguardia» alemana que venía detrás les ofrecía llevarlos. Al fin, acabaron por entrar en contacto con la guarnición alemana de Bruselas, que acababa de evacuar la ciudad, y el grupo de Harzer fue encaminado a su división. Las pérdidas de hombres y material durante la marcha fueron nulas. De hecho, hasta habían aumentado su fuerza al recoger a rezagados y un hospital de campaña alemán abandonado con 20 heridos. Aún en medio del desastre, la fortuna de la guerra podía sonreírles en ocasiones.

Otros no fueron tan afortunados. La *Kampfverband* Schulze de la 10ª SS Frundsberg, la división hermana en el II Cuerpo SS, fue condenada a luchar hasta el fin en una retaguardia en Albert, para permitir a la 9ª SS y otras unidades retirarse sin interferencias a través de Cambrai. Mientras la Hohenstaufen reconocía sus posiciones para la batalla de Cambrai, el *Obersturmbannführer* Wilhelm Schulze estaba metido en una encarnizada lucha callejera que continuó

toda la noche, hasta que su grupo de combate dejó de existir como una fuerza efectiva. El mismo Schulze fue muerto junto a los oficiales de su plana. Unos pocos sobrevivientes escaparon por la mañana del 2 de septiembre y se dirigieron al este para unirse con el resto de la Frundsberg.

Entretanto los partisanos hostigaban la retirada dondequiera que podían. En las carreteras a Mons pusieron clavos y latas con el borde dentado hacia arriba, para pillar a los incautos. Se tuvo que instalar cortacables en los vehículos de cabeza de la compañía de radio de la Hohenstaufen para impedir que las tripulaciones fueran decapitadas por los cables tendidos atravesados en las carreteras. Los motoristas mensajeros a menudo desaparecían sin dejar rastro. A los vehículos aislados a menudo se les disparaba.

Una columna de la 9ª SS fue emboscada cuando intentaba usar una ruta al norte por Valenciennes pasando por el puente que cruzaba el canal Scarpe. El desventurado grupo que buscaba abrirse paso fue acribillado en medio de St. Amand les Eaux por los maquis, ayudados por una avanzada americana. Las tropas, que por agotamiento se quedaban rezagadas o que no entendían las intimaciones a rendirse de la Resistencia, eran abatidas al más mínimo signo de vacilación. Solo en este lugar, mataron hasta 50 soldados. Los supervivientes recuerdan la entrega de un médico francés que hablaba inglés y alemán quien, a pesar de la ferocidad de estas escaramuzas, reconfortó y cuidó a los heridos alemanes. Durante estos choques a menudo ninguno de los bandos mostraba o pedía clemencia. Un soldado de las SS llamado Ortmann, herido, pidió al doctor si al menos podía recuperar las chapas de identidad de los numerosos muertos alemanes. La respuesta correcta y formal del doctor fue que «serían entregadas a la Cruz Roja de Ginebra».

Muchos soldados desaparecieron sin dejar huella durante la azarosa retirada, como fue el caso de la sección de óptica de la Hohenstaufen. Ésta era una unidad especialista adjunta a la compañía de recuperación de carros, y fue la primera de su tipo en el Grupo de Ejércitos. Acarreaba 15.000 piezas de repuesto, con las que sus técnicos reparaban los visores ópticos y diales de los carros. Su ausencia no fue notada hasta que se pasó lista en Arnhem. Nunca reaparecieron, sin duda fueron víctimas de una emboscada del maquis en alguna parte de Francia o Bélgica.

Las unidades motorizadas como el II Cuerpo Panzer SS lo tuvieron bastante mejor que sus camaradas de la infantería. El *General der Fallschirmtruppen* Eugen Meindl, comandante del II Cuerpo Fallschirmjäger (Paracaidista), a duras penas consiguió salir de la bolsa de Falaise. El cuerpo se había distinguido durante las encarnizadas batallas defensivas en el *bocage* en torno a St. Lô en Normandía y fue vapuleado al intentar escapar de Falaise. El 28 de agosto Meindl recibió noticias gratas: los restos de su cuerpo de combate iban a ser reconstruidos en Nancy. Tras estar en combate desde el 12 de Junio, había perdido todas sus armas pesadas y sus efectivos eran tan pocos que apenas había suficientes supervivientes para formar cuadros con los que mantener la esencia de la unidad tras la reconstitución.

Sin embargo, esta orden fue seguida de una contraorden cuando la 3ª División Fallschirmjäger, que se daba por perdida, reapareció de nuevo tras abrirse paso combatiendo, solo para ser designada de nuevo como retaguardia para los elementos motorizados sobrevivientes del 5º y 7º Ejércitos. Meindl se escandalizó por la cruel insensibilidad de la directiva:



El General der Fallschirmtruppen Eugen Meindl, comandante del II Cuerpo Fallschirmjäger (izquierda), con su Jefe de Estado Mayor, Oberstleutnant Blauensteiner (derecha), contemplan la enormidad de su derrota en Normandía.

«¿Por qué? Debido a la cobardía de otras tropas que no estaban preparadas para seguir luchando. El arma paracaidista iba a ser sacrificada ahora en Francia... Las divisiones panzer y panzergrenadier siempre pueden retirarse más rápido. La infantería no puede recorrer esos trechos a pie a la misma velocidad, y acabaron por ser rodeados por carros enemigos, lo que hizo imposible escapar. El 4 de septiembre, la mayor parte de la 3ª División fue hecha prisionera. Solo unos pocos consiguieron escapar. Con suerte, los volveremos a ver algún día. – *Auf Wiedersehen*».

«Una tragedia. Entretanto se me ordenó presentarme en el cuartel general de Hitler para recibir las Hojas de Roble para la Cruz de Caballero por la batalla de Normandía. Entonces yo no conocía la pérdida de la 3ª División, de otro modo habría aprovechado la oportunidad para comentar esta “brillante” orden⁷».

El resto del II Cuerpo Fallschirmjäger fue retirado del frente para ser reconstituido al este de Colonia.

El Regimiento Fallschirmjäger 6, al mando del *Major* von der Heydte, estaba igualmente maltrecho. Había estado en acción continuamente desde el 6 de junio, como punta de lanza de los prometedores primeros ataques contra la cabeza de playa americana de la invasión en *Utah Beach*. Una de las compañías ciclistas del regimiento, que contaba solo con 20 hombres, apoyada por un único *Panzer IV* de la 2ª División SS Das Reich capturó un batallón americano completo, haciendo prisioneros a 13 oficiales y 600 soldados. Atrapado en la vorágine causada por la ruptura americana en St. Lô, el regimiento escapó luchando de la bolsa de Coutances. Aislado, von der Heydte, condujo a su regimiento en fila india sigilosamente por carreteras secundarias y caminos mientras los carros americanos pasaban rugiendo por las carreteras principales junto a ellos. Solo quedaban 60 hombres en pie cuando reestablecieron contacto con la 353ª División alemana. Cuando se reunieron con sus heridos y enfermos en Lisieux, contaban 1.007 hombres. Solo de este único regimiento 3.000 oficiales y soldados habían muerto o fueron declarados desaparecidos en combate.⁸ Los supervivientes fueron transportados a Güstrow, en Mecklenburgo, Alemania, para formar los cuadros de un nuevamente reconstituido Regimiento Fallschirmjäger 6.

Nada podía resistir el avance Aliado. Los intentos de aguantar en los ríos Sena o Somme, fueron simplemente barridos. Acciones de retaguardia en las

⁷ *General Meindl und seine Fallschirmjäger*. Ernst Martin Winterstein/Hans Jacobs pp 203-204.

⁸ P. Carell, p 274.

que se combatió con tenacidad, como aquella librada por la 9ª SS en frente de Cambrai, apenas merecen una mención en las historias de las unidades americanas. Las fuerzas alemanas eran insuficientes para resistir en ningún punto. Un comandante de regimiento en la División Hermann Göring, el *Oberstleutnant* Fritz Fullriede, escribió con amargura en su diario:

«31 de agosto. Todo el frente del oeste se ha desmoronado, y el otro bando avanza a placer... y cómo se nos llenaba la boca con la Muralla del Atlántico».

Compañías anticarro recién creadas, pertenecientes al *Panzerjäger Abteilung 9*, el batallón de cazacarros de la Hohenstaufen, llegaron desde Prusia Oriental y fueron descargadas de los trenes en Mons justo a tiempo para ser llevadas a toda prisa a luchar en unas cuantas improvisadas acciones de retaguardia. Estos refuerzos llegados en porciones fueron simplemente barridos por la marea de los acontecimientos. Los *Jabos* paralizaban todo movimiento diurno ferroviario y por carretera. Alfred Ziegler, de 19 años, un mensajero motorista en la plana mayor del *Panzerjäger Abteilung 9* recordaba la situación justo antes de llegar a Mons:

«La primera compañía se vio cogida bajo un ataque de cazabombarderos muy intenso durante el cual mataron a von Brocke, el comandante de nuestra compañía. Todos disparamos con nuestras ametralladoras de modo que ninguna bomba hizo impacto directo en el tren. No obstante, las pasadas de ametrallamiento siguientes causaron algunos daños a los cazacarros (*Jagdpanzer IV*) y vehículos, e hirieron a unos 10 hombres. Luego bajamos del tren y nos unimos a la tercera compañía que ya había estado en el Oeste durante algún tiempo. Pero ahora el enemigo empezó a darnos caza».

Las compañías se reagruparon formando una fuerza tamaño batallón apenas a tiempo de ser empeñadas en una acción de retaguardia cerca de Mons. Fue un desastre. El *Hauptsturmführer* von Allworden, al mando del batallón, se vio separado de su unidad, pero la situación era irremediable desde el principio. Trescientos *Fallschirmjäger* mandados por un *Major* se unieron a lo que rápidamente se convirtió en un combate de retirada sin ningún mando para coordinarlo.

Solo dos cazacarros sobrevivieron al viaje hasta Arnhem. El resto se perdieron en combate, se vieron integrados en otras unidades, o hubo que volarlos por falta de gasolina.¹⁰

El ejército alemán en el oeste parecía estar acabado. Wolfgang Dombrowski, *Rottenführer* en el batallón de zapadores de Möller, quedó separado de su compañía en la bolsa de Falaise. Consiguió salir con una unidad de la Wehrmacht, y tuvo la suerte de reencontrar su batallón tres o cuatro días más tarde. Como sus camaradas Dombrowski quedó conmocionado por los acontecimientos.

9 Fullriede, diario 31 Ago 44. Archivo Nimega.

10 Alfred Ziegler, entrevista 23 Nov 87.

«La división fue prácticamente consumida en la lucha en Normandía... Creíamos que todo habría acabado al llegar a la frontera alemana. Muchos soldados se perdieron durante la retirada. Más aún, cuando llegamos a Holanda, la situación allí era desesperada. Parecía imposible que se pudiera establecer un frente con estos dispares elementos fugitivos¹¹».

¹¹ Entrevista con Wolfgang Dombrowski, 23 octubre 1987.